

aureola tal, que, de haber nacido en las edades mitológicas, le designaran la poesía y la fábula de consuno por un dios creador, á cuya voz dilatábanse mares y cielos al par que surgían islas ceñidas de flores y engarzadas en perlas. Desabrimientos tuvo que sufrir de Fonseca; resistencias tuvo que oponer á Soria; lágrimas de los hijos tuvo que beber mezcladas con las propias al separarse otra vez de sus caricias para partirse al Océano; pues todo se desvanecía y borraba en el placer experimentado al comparar los dolores de los primeros expedicionarios con el regocijo de los segundos, y el clamoreo de duelo que resonó en Palos con las aleluyas de alegría y de gloria que revoloteaban ahora en torno de todas las naves. Un conocedor del corazón humano, que recordase cómo se rueda en la vida desde las alturas del idealismo á los hondos y negros surcos de la realidad, y cómo la desesperación desvaría en cuanto el menor soplo glacial hiela el temprano florecimiento de las esperanzas súbitas, presintiera que, habiendo de suceder al período gozosísimo del descubrir, semejante á los primeros versículos del *Génesis*, donde surgen la virgen luz y el inmaculado paraíso, un período, aunque subsiguiente por el tiempo, contradictorio por necesidad, el período de administrar y gobernar y combatir, el período de las conquistas y apropiación, por fuerza lógica irremisible había éste de parecerse al segundo capítulo del *Génesis*, en que surge la culpa, y Dios mismo, cuya vista se complaciera contemplando la creación recién nacida en el espacio celestial, se arrepiente, cuando el pecado la obscurece, de haberla hecho, hasta concluir por aborrecerla y maldecirla. Seamos humanos y miremos la Historia con arreglo á lo que piden y reclaman de nosotros las contingencias y las tristezas humanas. Cuando á la frente de Dios mismo suben las sombras nefastísimas proyectadas por el mal en la obra divina, ¿cual razón había para que Colón pudiera eximirse del común tributo á la común pena y su persona y su creación exentarse de las tinieblas donde se hallan montados á una, en el silencioso abismo de lo vacío, así los mun-

dos como los soles innumerables? El profeta, el adivino, el revelador, el sabio, el vidente, convertiráse por necesidad en el político, en el juez, en el hacendista, en el administrador, que deberá remover los impuros intereses, á sus vapores negríssimos cegado y apestadísimo de su hedor. ¡Cómo las especies conciben generalmente con placer y cómo generalmente con dolor paren! ¡Cómo la pura filosofía decrece y mengua en la secta, y cómo la secta ó escuela misma decrece y mengua cuando se cristaliza en instituciones impuras y en leyes objetivas de una limitación y de una imperfección irremediables! Precisa tener á Colón por uno de los caracteres más complejos que nos presenta la Historia, y por uno de los hombres con facultades más varias y más ricas que ha producido la Naturaleza; pero la conquista y apropiación y gobierno de un mundo no se podía cumplir por aquel revelador tan apto para mirar al cielo azul como al infinito interior espiritual: necesitábanse hombres de acción, como lo fueron Pizarro y Cortés más tarde, hombres ante todo y sobre todo de guerra y de combate.

Así á Colón la conciencia universal no puede perdonarle aquello mismo que, si no perdón, excusa encuentra en la complejión de otros hombres opuestos á él y para obra distinta de la suya por Dios criados. No aparece tan cruel Colón como el gran Magallanes, por ejemplo; ni tan maquiavélico y tan doble como Pizarro; ni tan peleador como Cortés; pero como aparece allá en otros ciclos de la Historia, con otros atributos, irradiando luz ideal, viviendo la vida del espíritu; especie de poeta hipnotizador á causa de su genio misterioso, é hipnotizado por sus ideas subjetivas y propias, cuando se presenta codicioso en el allegar, avaro en el guardar, pedigüeño hasta la impertinencia, vendedor de indios cogidos sin escrúpulos y mercadeados como bestias, con mezcla en algunos actos de flaqueza y crueldad, inspira mayores indignaciones que sus émulos, por crecer las responsabilidades á medida que crecen los altos ministerios históricos y los múltiples merecimientos personales. Pero no atri-

buyamos á Colón solo cuanto resulta de reprobable y de pecaminoso en su obra colosal; atribuyámoslo también á lo triste que son todos los comienzos, á lo doloroso de todas las iniciaciones, á lo que cuesta de grandes errores y hasta de grandes crímenes, en muchas ocasiones, el implantar sobre la impura vida un puro ideal. Con todos sus defectos mirados al microscopio del análisis; con todas sus culpas, agrandadas á veces por las mismas bellas partes de sus facultades psíquicas; con todos los errores y todas las faltas que haya podido cometer, lo diviniza hoy el sentimiento universal y lo coloca en el coro de redentores á quienes debe la humanidad su rescate de la esclavitud primera y en el coro de reveladores á quienes debén la creación y el alma esos efluvios místicos del ideal, de los cuales, no solamente recogemos el éter en que nuestro espíritu se ilumina, sino también el calor y la fuerza con que nuestra vida se mantiene y se mueve. Para la canonización que una escuela sobrado idolátrica requiere del Pontífice romano, acaso necesita el descubridor algunas de las modestas virtudes granjeadoras del privilegio de la beatitud á los bienaventurados puestos en el almanaque y bendecidos en el altar; mas para las glorificaciones, para las apoteosis, para la divinización, en una palabra, que puede la historia laica dar, sin daño alguno de la verdad y sin empecimientos fútiles á la crítica, posee todo aquello que ha menester y con todos sus yerros, con todas sus debilidades y con todas sus culpas permanece gloriosísimo entre los dioses mayores del humano progreso.

Miércoles, 25 de Septiembre, á la hora del alba, izó las velas y zarpó de Cádiz. En evitación de conflictos con Portugal se apartó cuanto pudo de los mares vecinos á los cabos portugueses y á los archipiélagos dependientes de tal reino, gobernando sus naves en dirección á Canarias. El 2 de Octubre arribó á la mayor de aquellas islas, de donde salió con mucha diligencia, cumplidas unas horas de brevísima estada en requerimiento de la Gomera, donde llegó el 5, permaneciendo tres días escasos.

En la ciencia y en la experiencia de Colón, en las ideas y en las noticias, allegadas unas por intuiciones de profeta y otras por estudios de cosmógrafo, notó la condición de aclimatadoras, natural á todas las islas Afortunadas, y se proveyó allí de las semillas vegetales y de las especies animadas, en los territorios descubiertos desconocidas, é indispensables para el universal bien y provecho de la especie humana y de la naturaleza toda. Cuando el gaucho corre caballero en su yegua, competidora del viento, sin la cual no podría enseñorearse de la estepa; cuando el tasajero corta y sala con tanto arte las carnes alimentadas en el heno, y dentro de colosales frigoríferos las expide á Europa desde las orillas del Plata en los cambios del comercio, tan indispensables á la vida social como el cambio de flúidos y de gases á la vida natural; cuando el cosechero de lanas finísimas en las riberas del Uruguay ó del Paraguay ve pasar el ganado revestido de sus sedosos vellones; cuando en la colosal Chicago el tocino, con que aderezan su modesta comida una gran parte de los pobres en el planeta, sale cortado de las máquinas, ignoran, por lo menos olvidan, cómo un descubridor, tenido por loco en el vulgar concepto de las gentes muchas veces, cogió un día, sí, un día creador, especies tan útiles y simientes tan vívidas; el buey que abre los surcos, el trigo que compone nuestro pan de cada día, el huevo que lleva la gallina dentro de su corteza, el cerdo que rebosa en los domésticos pucheros, el azahar que aroma los aires, y la naranja que mitiga la sed, y todo lo extendió por América de manera muy semejante á la escrita por la Biblia en el relato de la Creación, cuando dice cómo la mano misma del Criador puso una pareja de todos los animales en el primitivo é inmaculado edén. Ocho fueron las puerkas embarcadas por Colón en la Gomera, y costaron á setenta maravedises pieza, como el P. Las Casas nos refiere. Á 7 de Octubre zarpó y á 3 de Noviembre dió con tierra nuevamente. Los terrores acometidos á la tripulación en el primer viaje no se repitieron ahora; pero sí le aquejó un horrible has-

tío. El mar inmenso y el cielo marino con sus sendas uniformidades así del aire como del agua parecen multiformes y bellos desde las riberas; pero, en cuanto dentro de sus senos ¡ay! os abismáis, un giro del aire se asemeja de suyo á otro giro del aire, y una ola del mar se asemeja también á otra ola del mar, por tal modo, que hastían y enojan al más conforme con los inconvenientes de la vida y más resignado á las realidades tristísimas del mundo. Se prolongaba tanto el viaje y se retardaba tanto el arribo, que parecía sin riberas el mar tenebroso, como en las supersticiones medioevales, y sin realidad el mundo conocido y visitado por los primeros exploradores. Así todo fué regocijo en las embarcaciones al topar con tierra. Domingo era este día feliz y Dominica llamó Colón á la primer isla encontrada. Como había demandado la parte más austral del Océano, fué á dar con las Antillas menores. La Dominica no le ofrecía puerto seguro por Levante y precisóle al explorador el abordó en otra isla cercana. Marigalante llamó á ésta, más hospitalaria y accesible, del nombre de su nao.

Descendió con un escribano á tierra, y levantó acta notarial de la toma de posesión. Partido á otro día de Marigalante, hallóse con la Guadalupe, denominada con tal apellido en recuerdo y obsequio al célebre monasterio extremeño, cuyo simulacro de María Santísima, traído por los prelados insignes de la Iglesia visigoda desde Bizancio, y preferido en sus devociones por don Alfonso el oncenno, quien lo invocó al mantener los combates épicos á las puertas de África, concluídos con la victoria del Salado, atrajo tal número de arquitectos y escultores, que levantaron desde la centuria décimacuarta sus frontones góticos en competencia con los mejores de Toledo y sus claustros mudéjares parecidos á los patios más alicatados de Sevilla y su Glorieta comparable con una custodia de las más primorosamente cinceladas y los sepulcros de Reyes tan cercanos á los Católicos cual su predecesor Enrique IV y de Príncipes tan famosos como el hijo engendrado por D. Pedro de Portugal en

D.<sup>a</sup> Inés de Castro, aquella mujer amante sin ventura, bendecida por Camoens en sus estancias al poético Mondego y al manantial de las lágrimas, así como evocada más tarde por don Pedro Calderón de la Barca en su *Reinar después de morir*: que tal número de gloriosos recuerdos debían cristalizarse antes y después de Colón en edificio conmemorado por la increíble aparición de una tan hermosa isla como la Guadalupe, recién hallada en medio del Océano. Poblezuelos de treinta bohíos ó casas componían sus habitaciones; alto volcán, por cuyas laderas caían despeñados clarísimos torrentes, la coronaba; una vegetación viciosísima, en la cual se daban las dulces y suaves frutas conocidas con el nombre de anonas y semejantes á leche cuajada, la cubría; volaban por sus aires los antes desconocidos guacamayos, mucho mayores que los otros pájaros de su especie, y pintados con plumas negras y azules de metálicos reflejos; el algodón aparecía tejido con grande arte y por medio de artificios análogos á los telares europeos; mas semejantes ventajas se disminuían al encuentro y hallazgo de horrores como la horrible antropofagia, usual entre aquellos pobladores, por su fiereza denominados caribes; de rostros espantables tiznados por betunes untuosos; de miradas siniestras; enrojecidas por los relampagueos del ojo avieso y por el encarnado sobrepuesto en las mejillas parecidas á coagulaciones de sangre; armados con unos arcos que despedían flechas emponzoñadas; ceñidos de collares hechos con dientes y ternillas de los descabezados; y á la continua, en su natural cruelísimo y en sus costumbres inhumanas, dispuestos al festín canibalesco, en que comían cabezas humanas, y las devoraban feroces con sacudimientos de tigres, gestos de hienas, graznidos de cuervos, voracidad de tiburones y castañeteo de mandíbulas semejante al producido por los bostezos del insaciable cocodrilo. En esta isla debió aparecer Colón como un salvador, puesto que algunas mujeres huídas le refirieron cómo se hallaban en cautiverio, temerosas de que las descuartzaran y comieran, pues las tribus aquellas, que acaba-

ban de expedir trescientos hombres en canoas al combate y al piratero, los cuales rompían en irrupción por todas partes, gustando de la humana carne hasta mutilar los muchachuelos, y, muy engordados, engullírselos como el mejor y más sabroso de cuantos capones podía obtener la industria y saborear el gusto. Mucho les hubiera debido interesar un sitio donde hallaron materiales de hierro, nunca vistos antes, y fragmentos de buques europeos, con que no habían soñado. Pero Colón tenía mucha prisa por arribar á la Española, y no pudo vagar allí cuanto hubiera deseado, en atención á lo extraño del suelo, poblado de flora y de fauna especialísimas, así como á lo particular de aquellos pobladores antropófagos. Y aun se detuviera menos tiempo á no haberle retenido la espera de unos tripulantes tan curiosos como temerarios, que por las inextricables selvas se perdieron y emboscaron desatinados, y luego no podían salir. En aquellas redes tan espesas de raíces; en aquellos laberintos de troncos; bajo los parasoles de ramajes, tan entrelazados como techos; dentro de sombras parecidas á la noche, perdieron toda ruta y toda luz; desorientáronse de toda dirección cierta y exacta; se hallaron como si el cielo y el día, y hasta el aire, hubieran huído de ellos; y creyeron morir en el abandono, sin dar ni recibir noticia ninguna, completamente anegados en aquellos abismos de vegetación tropical, que les enloquecía el seso y les incendiaba la sangre.

La naturaleza, la sociedad, las costumbres de aquellos caribes, dados al culto fetichista y á los horrores canibalescos y al combate de verdadero exterminio en sus pirateos continuos, bien merecían un prolijo estudio y cuidado del sublime descubridor, tanto más cuanto que podía presentarse á la vista y consideración de los cautivos que le pidieran socorro en su viaje, víctimas de aquellas tribus antropófagas, ejerciendo un ministerio, tan propio de las altísimas propensiones proféticas suyas como el ministerio de libertador sobrehumano y milagroso. El paraíso de las Lucayas trocado en este infierno de la Guadalupe;

los indios inocentes del año anterior subseguidos por los indios homicidas en aquella sazón encontrados; el combate sustituyendo á la sumisión voluntaria y el odio al culto religioso antiguo; los rostros deformes á las gorgonas fabulosas parecidos; aquellos ligamentos destinados en los salvajes cuerpos á engordar por monstruosa manera los remos, los brazos y las piernas, desmesuradísimos, de tal gente; sus arreos y pertrechos de pelea, consistentes en dardos agudos, extraídos á los grandes peces y empapados en terribles ponzoñas, que hacían las heridas abiertas por su conducto de necesidad mortales; el comienzo de industria observado en sus artificios y los idolillos y estatuelas y figuritas de madera ó piedras, tan feas y rudas como sus artífices, pero significativas de un comienzo de arte, demandaban una detención digna del cristiano fin tantas veces invocado por los descubridores en los espasmos y sacudimientos de sus asombros, cuando veían entre aquellas selvas vírgenes, que parecían surgir del mar serenísimo y transparente, familias humanas interesantísimas por la indudable singularidad, así de la naturaleza física y moral como de las habituales costumbres. Pero el descubridor no podía en parte ninguna detenerse. La imagen de aquella primer colonia, dejada en su afán de colonizar pronto so el poder de su aliado, el amigo cacique de la Española, aparecíasele al pensamiento de continuo y le apremiaba con insistencia grande á que procurase noticias del suceso alcanzado por tan exigua corporación y la socorriese con los auxilios requeridos por un año entero de ausencia. El viaje desde la Deseada y la Dominicana por el archipiélago de las Antillas, pequeñas y grandes, que forma como un círculo inmenso hasta la desembocadura del Orinoco; este viaje de tantos encuentros y sorpresas debía parecer á Colón un continuo hechizo por las islas que le salían al paso, cual si fueran recién creadas adrede para él en aquellos extraordinarios instantes; y por las estelas de vida y de animación que se tendían como cintas de luz inefable por todas partes á sus maravillados ojos. Parecían las islas ir en tropel, cual coros